



MIÉRCOLES DE CENIZA 2020

NOTAS EXEGÉTICAS

Joel 2, 12-18

La Iglesia ha escogido como lectura para abrir la Cuaresma un texto de la profecía de Joel. No hay en este libro mayores precisiones acerca de su autor ni del tiempo en el que él escribió. Sin embargo, la mayoría de los estudiosos concuerdan en datar la escritura de esta profecía hacia el año 400 AC, después del exilio, cuando el templo ya había sido restaurado. Esta conclusión deriva de la importancia dada en el escrito al culto y por la ausencia de referencia a la figura del rey. El nombre del autor, bastante común, significa “El Señor es Dios”. Se ha llegado a pensar que Joel era un profeta dedicado al servicio del templo y que sus oráculos son una profecía “cultural”, es decir, un mensaje profético proclamado en el marco de la asamblea litúrgica.

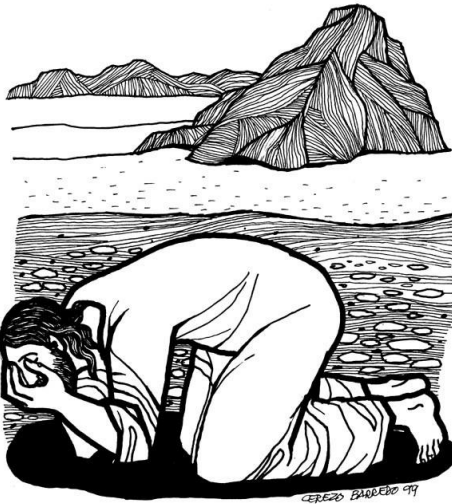
Sin embargo, este contexto cultural no implica una visión ritualista; por el contrario, lo que más preocupa a Joel es la conversión interior: “Desgarren sus corazones, no sus vestiduras y vuelvan al Señor” (Jl 2, 13).

El episodio histórico que da origen a la profecía es una terrible plaga de langostas que devastó el país que dependía en buena medida de la agricultura, hasta el punto de que no había lo necesario para la ofrenda y la libación dedicadas al Señor (Jl 1, 13).

Ante esta situación, el profeta invita al pueblo a la penitencia. A su vez, la respuesta de Dios a la oración y al ayuno de su pueblo consiste en librarlo del “día del Señor”, día en el que Dios será juez de las naciones y, al mismo tiempo, salvador de su pueblo. Se trata de una respuesta que desborda, por lo tanto, el cuadro de la angustia inmediata que aflige al pueblo.

En los versículos que la liturgia del miércoles de ceniza nos propone, aparece la invitación a la penitencia, no sólo como el cumplimiento externo de unos gestos de arrepentimiento, sino como una auténtica conversión al Señor que se da en la medida en que el corazón se desgarrá, es decir, toma conciencia de su pecado y anhela volver a Dios.

En medio del llamado a la conversión y a la penitencia aparece la razón fundamental que debe motivar este cambio: “Conviértanse al Señor, su Dios, un Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en amor”, un Dios que, ante la plegaria de su pueblo, se enciende en celo por él y lo perdona. A la luz de esta afirmación sobre Dios, debe ser interpretado el día del Señor, incluso cuando aparece con trazos más dramáticos y severos, especialmente frente a las naciones.



Llama la atención en este pasaje que la llamada a la penitencia tiene como destinatario a todo el pueblo, todos los miembros del pueblo son solidarios de una o de otra manera en la realidad del pecado. Ancianos, jóvenes, niños, casados, sacerdotes son convocados a la penitencia.

Salmo 50

Los versículos del salmo para la misa del miércoles de ceniza están en profunda sintonía con la actitud penitencial a la cual el pueblo de Dios es invitado en la primera lectura: "Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado"; "Oh Dios crea en mi un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme". Estas son expresiones propias de un corazón desgarrado en la presencia del Señor y que confía en la misericordia de Dios.

La tradición judía ha puesto este salmo 50 en labios de David, quien fue invitado a hacer penitencia por las palabras severas del profeta Natán (cf. versículos 1-2; 2Samuel 11-12), que le reprochaba el adulterio cometido con Betsabé y el asesinato de su marido Urías. El Salmo, sin embargo, se enriquece en los siglos sucesivos con la oración de otros muchos pecadores que recuperan los temas del "corazón nuevo" y del "Espíritu" de Dios infundido en el hombre redimido, según la enseñanza de los profetas Jeremías y Ezequiel (cf. v. 12; Jeremías 31,31-34; Ezequiel 11,19; 36, 24-28).

El salmo 50 da cuenta de la condición pecadora del hombre, pero también del poder que tiene la misericordia divina para purificarlo y devolverle la alegría de la salvación.

El tiempo de Cuaresma es un tiempo particularmente propicio para reconocer la propia fragilidad humana y para implorar y acudir a la misericordia divina.

2 Cor 5, 20-6,2

Esta segunda epístola a los corintios fue escrita poco después de la primera, a fines del año 57, en Macedonia, durante el viaje del Apóstol de Éfeso a Corinto. Tito, colaborador de Pablo, le trajo buenas noticias de Corinto, donde la primera carta había producido buenos resultados. La mayoría acataba las amonestaciones de su padre espiritual. No obstante, existían todavía intrigas que procedían de judíos y judío-cristianos. Para deshacerlas el Apóstol les escribe por segunda vez, antes de llegar personalmente a ellos.

La segunda carta a los corintios es uno de los escritos más apasionados y polémicos de Pablo. Aunque su decidida intervención, a través de la primera Carta, había restablecido momentáneamente el orden interno de la comunidad, poco después se produjeron nuevos incidentes que reavivaron la crisis. Algunos predicadores "judaizantes" se presentaron en Corinto con el propósito de desautorizar la persona y las enseñanzas de Pablo. A estos se sumaban otros adversarios del Apóstol, que interpretaban erróneamente el principio de la libertad cristiana y alejaban, por lo tanto, a los miembros de la comunidad de la auténtica relación con Dios.

La diversidad de tonos de la carta en su conjunto hace presumir que se trata más bien de una compilación de la correspondencia sostenida entre Pablo y la comunidad de Corinto durante un cierto período de tiempo antes de su visita. De las tres partes que la integran, la primera (caps. 1-7) reproduce probablemente aquella Carta de "reconciliación", mientras que la última (caps. 10-13) sería la que el Apóstol escribió "con gran aflicción y angustia" (2. 4), para hacer recapacitar a la comunidad rebelde y salvaguardar así la unidad de la Iglesia.

El pasaje que se lee el miércoles de ceniza se ubica, entonces, en aquella carta de "reconciliación" y contiene un apremiante llamado a la reconciliación con Dios, inseparable de la reconciliación con la comunidad. La motivación ofrecida por Pablo consiste en la memoria de lo realizado por Dios para comunicarnos la justicia: "Al que no conocía pecado, lo hizo pecado en favor nuestro" (2 Cor 5,21). Esto debe ser razón suficiente para reconciliarse con Dios y por ende con la comunidad. No se debe echar en saco roto la gracia de Dios, ni menospreciar la obra de Dios en Cristo.

El hoy es día de salvación para abrirse a los frutos de la obra redentora de Cristo y, por lo tanto, la reconciliación no debe posponerse (Cf 2 Cor 6,2).



Mt 6,1-6.16-18

El trozo de Mateo para la misa del miércoles de ceniza se inscribe dentro del sermón de la montaña (algunos prefieren llamarlo Enseñanza de la montaña). De este el leccionario extrae dos partes: la primera, los versículos 1 a 6 y, la segunda, los versículos 16-18.

En el texto de hoy Jesús se refiere a tres prácticas fundamentales previstas por la ley mosaica: la limosna, la oración y el ayuno; son también indicaciones tradicionales que la Iglesia nos propone en el camino Cuaresmal, para responder a la invitación de «retornar a Dios con todo el corazón».

Lo que Jesús subraya al referirse a estas prácticas es la calidad y la verdad de la relación con Dios. Por esto denuncia la hipocresía religiosa, el comportamiento que quiere aparentar, las actitudes que buscan el aplauso y la aprobación. El verdadero discípulo no se sirve a sí mismo o al "público", sino a su Señor, en la sencillez y en la generosidad: «Y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará» (Mt 6, 4.6.18). Nuestro testimonio, entonces, será más eficaz cuanto menos busquemos nuestra propia gloria y seamos conscientes de que la recompensa del justo es Dios mismo, el estar unidos a él, aquí abajo, en el camino de la fe, y al final de la vida, en la paz y en la luz del encuentro cara a cara con él para siempre (cf. 1 Cor 13,12).

La Cuaresma no es un tiempo sombrío, marcado exclusivamente por algunas privaciones. Es un tiempo de gracia para renovar el don de nuestro bautismo; es oportunidad para volver al Señor de todo corazón, como nos lo pedía la profecía de Joel, es decir, desde lo más profundo de nuestro ser, de donde brotan nuestros pensamientos y actitudes. La Cuaresma recuerda el itinerario de cuarenta años del Pueblo de Dios por el desierto hacia la libertad y el ayuno de cuarenta días con el que Jesús preparó el inicio de su ministerio público.

Durante el camino Cuaresmal, iremos anticipando el fruto de lo que aguardamos al término de este ejercicio: una vida más plena y abundante.

La conversión al Señor es siempre necesaria. Sabemos que hay cosas en nuestra vida que no corresponden al querer de Dios sobre cada uno de nosotros y sobre la sociedad. La realidad del mal siempre nos asecha y, cuando, cedemos a su influencia, menguamos la plenitud de vida a la cual el Señor nos llama. Todo pecado entraña una dinámica de muerte. El pueblo de Israel así lo experimentó en muchas ocasiones. La profecía de Joel así lo atestigua. A nivel personal y social encontramos muchas manifestaciones del poder destructivo del pecado y del odio. Pensemos, por ejemplo, en las continuas violaciones en Colombia al derecho fundamental de la vida: homicidios, abortos, violencia intrafamiliar, etc. Pensemos también en aquellos gestos y actitudes por los que, en lugar de cuidar y consolar al prójimo, le causamos daño.

Es indispensable tomar conciencia de la realidad del pecado para que nuestros corazones, en cierto sentido, se desgarran al reconocer con profunda humildad y dolor que nos hemos apartado de Dios. El gesto de la ceniza debe brotar de nuestro interior. Por una parte, ha de ser reconocimiento del carácter efímero de nuestra vida, como lo destacaba una de las fórmulas para la imposición de la ceniza: “Recuerda que eres polvo y en polvo te has de convertir”. En esta misma perspectiva es también reconocimiento de nuestra condición de pecadores. Por otra parte, la imposición de la ceniza ha de ser signo de nuestra confianza en que la gracia del Señor puede hacernos revivir, incluso desde nuestras cenizas, desde la realidad de nuestra propia fragilidad.

Vamos a invocar juntos la misericordia de Dios, como el pueblo al que se dirigía Joel. El Dios en quien creemos es un Dios rico en misericordia, lento a la ira y rico en piedad. Él nos renovará a lo largo de este ejercicio Cuaresmal, Él nos resucitará en la solemne celebración anual de la Pascua y, un día, al final de los tiempos, en el “día del Señor”, perfeccionará su obra y hará que seamos, al fin, plenamente como Él es (cf. 1 Jn 3,2).

En el Evangelio de este día se nos proponen tres expresiones y medios de conversión al Señor que la Iglesia siempre ha recomendado para estos días de Cuaresma: el ayuno, la limosna y la oración. Estos medios nos ayudan a volver a lo esencial de nuestra vida y a restablecer o perfeccionar nuestra relación personal con Dios: el ayuno, por el que crecemos en desprendimiento y libertad frente a todo bien que no sea Dios mismo, pues podemos terminar dominados por las cosas que creemos poseer; la oración, por la que, en medio de tantos ruidos, intereses e inquietudes, nos empeñamos por abrirnos a la palabra vivificante del Señor y la limosna, por la que entramos en comunión con el amor compasivo y misericordioso de Dios mediante gestos y actitudes concretas de perdón y de servicio, especialmente en favor de los más necesitados.

No basta, sin embargo, realizarlos exteriormente. Es necesario que expresen nuestro deseo sincero de volver a Dios, de unirnos más profundamente a Dios y de abandonar todo lo que nos pueda apartar de sus designios de amor y de vida para con nosotros. La discreción con la que Jesús nos pide realizar estos gestos no es sólo en razón de una cierta modestia, sino que se orienta a que tomemos conciencia de que lo que está en juego y es realmente importante es nuestra relación con Dios.



Iniciemos, pues, con esperanza el itinerario Cuaresmal hacia la Pascua. Es el Señor quien nos llama porque nos ama y quiere vivificarnos más plenamente con el poder de su Espíritu. Acojamos la invitación que el Apóstol Pablo hoy nos dirige: “En nombre de Cristo les pedimos que se reconcilien con Dios”. No permitamos que la gracia de la redención, fruto del abajamiento amoroso del Señor, sea echada en saco roto.

Todos necesitamos ser renovados en nuestra condición de Hijos de Dios. Nuestra Arquidiócesis de Bogotá se está adentrando en una nueva etapa de su plan de evangelización, el nuevo ritmo. Si queremos en verdad ponerle nuevo ritmo a nuestra misión evangelizadora necesitamos ser renovados por Cristo, pues, al fin y al cabo, la evangelización es fundamentalmente testimonio de lo que Él realiza en nosotros.

Además, nuestra ciudad y nuestro país viven momentos de tensión social y de cambio y es necesario que desde nuestra condición de creyentes contribuyamos a la búsqueda del bien común. No podemos ser simplemente espectadores de lo que sucede en nuestro mundo: Debemos ser “sal de la tierra y luz del mundo” y para ello ser iluminados y transformados por Cristo.

Durante el desierto Cuaresmal que hoy emprendemos, el Señor nos sostendrá con el Pan que baja de lo alto: el pan de la palabra y el pan de la eucaristía. Recibamos con fe este Pan para poder avanzar hacia la solemne renovación anual de nuestro bautismo y hacia la alegría de la Pascua.

Después del saludo inicial

MONICIÓN PRESIDENCIAL:

Hermanos: con este miércoles de ceniza iniciamos la Cuaresma, tiempo que nos pone frente a nuestra realidad de cristianos necesitados siempre de la misericordia de Dios. Recorreremos con esperanza esta ruta Cuaresmal como un tiempo de gracia para renovar el don de nuestro bautismo al llegar a la celebración del Misterio central de nuestra fe: la Pascua del Señor.

Este día penitencial es un llamado a una auténtica conversión al Señor que se da en la medida en que el corazón se desgarrar, es decir, toma conciencia de su pecado y anhela volver a Dios. La Cuaresma que iniciamos es ocasión favorable para reconocer nuestra propia fragilidad humana y para implorar y acudir a la misericordia divina.

Unámonos, pues, en oración y, como Iglesia arquidiocesana de Bogotá, pidamos a Dios la conversión del corazón y la gracia de construir la Iglesia que Él quiere y nuestra ciudad necesita.

Comentador

MONICIÓN A LAS LECTURAS:

La Cuaresma es tiempo propicio para escuchar la Palabra de Dios y asimilarla en profundidad mediante la meditación y la oración. Acojamos en la fe la llamada que Dios nos hace a una vida siempre renovada en su amor y dejémonos reconciliar con Él con la fuerza siempre transformadora de la cruz de Cristo. Escuchemos.

ORACIÓN DE FIELES

Presidente: Dirijamos, hermanos, nuestras oraciones en favor de la Iglesia, del mundo y de nosotros mismos, con la confianza puesta en Dios, nuestro Padre.

R/. Dios de la misericordia, escúchanos.

1. Por la Iglesia entera, para que acoja el llamado a la conversión y sea, en medio de la sociedad, signo de justicia, de perdón y de solidaridad. Oremos.
2. Por nuestra Iglesia particular de Bogotá que se está adentrando en una nueva etapa de su Plan de Evangelización, el Nuevo Ritmo, para que con nuestros pastores seamos todos renovados, iluminados y transformados en Cristo para ser sal de la tierra y luz del mundo. Oremos.
3. Por nuestros gobernantes, para que, asumiendo con responsabilidad su labor, construyan caminos sólidos para alcanzar la paz en el respeto a la vida y los derechos fundamentales de todo hombre. Oremos.
4. Por todas las personas que en nuestro país sufren a causa de la violencia, del hambre y el desplazamiento, para que este tiempo de Cuaresma sea también para ellos tiempo de gracia y salvación y experimenten con más fuerza nuestra fraternidad y solidaridad. Oremos.
5. Por quienes iniciamos el camino Cuaresmal hacia la Pascua, para que vivamos con gozo e intensidad este tiempo de gracia y salvación. Oremos.

Presidente: Escucha, Padre, nuestras súplicas y haz que rasguemos nuestros corazones, a fin de alcanzar tus mismos sentimientos y vivir según tus preceptos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ENTRADA:

Hermanos: con este miércoles de ceniza iniciamos la Cuaresma, tiempo que nos pone frente a nuestra realidad de cristianos necesitados siempre de la misericordia de Dios. Recorreremos con esperanza esta ruta Cuaresmal como un tiempo de gracia para renovar el don de nuestro bautismo al llegar a la celebración del Misterio central de nuestra fe: la Pascua del Señor.

Este día penitencial es un llamado a una auténtica conversión al Señor que se da en la medida en que el corazón se desgarrar, es decir, toma conciencia de su pecado y anhela volver a Dios. La Cuaresma que iniciamos es ocasión favorable para reconocer nuestra propia fragilidad humana y para implorar y acudir a la misericordia divina.

Unámonos, pues, en oración y, como Iglesia arquidiocesana de Bogotá, pidamos a Dios la conversión del corazón y la gracia de construir la Iglesia que Él quiere y nuestra ciudad necesita.

INTRODUCCIÓN

El animador se signa junto con toda la asamblea, diciendo:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R/. Amén.

Animador: Hermanos, iniciamos hoy el tiempo de la Cuaresma que se abre con la *imposición de la ceniza*, signo penitencial muy conocido por nosotros los católicos.

Comentador: La Cuaresma nos vincula en un tiempo de conversión, para celebrar con un corazón puro la pasión, muerte y resurrección del Señor. La Cuaresma es caminar con Cristo hasta el monte santo para morir con Él a nuestros pecados y resucitar con Él a una vida nueva.

Serán 40 días para tomar conciencia del amor que Dios nos tiene y de la necesidad de purificarnos del mal que nos quiere dominar, pues, nuestra fragilidad nos hace desobedecer a Dios y tomar caminos que nos alejan de su bondad infinita.

Canto: Hoy perdóname (u otro adecuado)

*Hoy perdóname, hoy por siempre,
sin mirar la mentira,
lo vacío de nuestras vidas,
nuestra falta de amor y caridad.*

*Hoy perdóname, hoy por siempre,
aún sabiendo que he caído,
que de Ti siempre había huido,
hoy regreso arrepentido,
/ vuelvo a Ti, vuelvo a Ti. /*

El animador recita la siguiente oración:

Oh Dios, fortalécenos con tu auxilio al empezar la Cuaresma para que nos mantengamos en espíritu de conversión; que la austeridad penitencial de estos días nos ayude en el combate cristiano contra las fuerzas del mal. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

LECTURAS *(Del leccionario propio del día)*

Joel 2, 12-18 o 2 Cor 5, 20-6,2

Salmo 50

Evangelio: Mateo 6,1-6.16-18

BREVE REFLEXIÓN: *(A partir de las pistas para la homilía)*

(Momento breve de silencio)

IMPOSICIÓN DE LA CENIZA *(A juicio y discreción del párroco la imposición de la ceniza puede dejarse al terminar la celebración)*

Comentador: Ahora seremos signados en la frente con la ceniza, recordando con ello que somos frágiles y necesitados de Dios. Expresamos, en medio de la Iglesia, nuestro compromiso sincero de convertirnos, para llegar plenamente dispuestos a la celebración de la Pascua del Señor.

Se impone la ceniza a los presentes diciendo a cada uno: Conviértete y cree en el Evangelio. O bien: Recuerda que polvo eres y al polvo retornarás. O bien: Acepta a Jesucristo como tu Salvador. Mientras tanto se entona el canto.

PADRE NUESTRO Y CONCLUSIÓN

Animador:

Digamos juntos la oración que Jesucristo nos enseñó: Padre nuestro...

Luego dice: Señor, abre nuestro corazón a la justicia y a la caridad para que observemos así el único ayuno que tú quieres y que conduce a nuestra salvación. Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

El animador concluye signándose y diciendo junto con la asamblea.

El Señor no bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

ESTE ES EL AYUNO

*Este es el ayuno que agrada al Señor,
esta es la sincera conversión.
Este es el ayuno que agrada al Señor.*

Parte tu pan con el hambriento,
dale posada al peregrino,
acoge al emigrante y extranjero.

Abre las cárceles injustas,
libra a los presos y oprimidos
y rompe las cadenas y los cepos.

Mira al Señor que está escondido,
sale a tu encuentro en los hermanos,
y rasga el corazón y no el vestido.

NOS HAS LLAMADO AL DESIERTO

*Nos has llamado al desierto, Señor de la libertad,
y está el corazón abierto a la luz de tu verdad.
Subimos con esperanza la escalada Cuaresmal,
el Pueblo de Dios avanza hasta la cumbre pascual.*

Tu pueblo, Señor, camina, desde la aurora al ocaso;
a tu Pascua se encamina y te sigue paso a paso.

Señor, te reconocemos y tu Palabra escuchamos;
tus caminos seguiremos y tu Ley de amor cantamos.

Se acerca, Señor, tu día en el que todo florece;
con su luz y su alegría ya el camino resplandece.

CONTIGO VAMOS

*Contigo vamos, Señor Jesús, hacia la Pascua, hacia la cruz.
Contigo vamos, Señor Jesús, hacia la Pascua, hacia la luz.*

El que quiera venir tras de mí
tome su cruz y me siga.

Cuando el grano de trigo muere en el surco,
produce fruto abundante.

El que guarda su vida, la perderá,
el que la arriesga la gana.

DIOS NO QUIERE LA MUERTE DEL PECADOR

Dios no quiere la muerte del pecador, sino que viva, que se convierta, que se convierta y que viva.

Tu Palabra es luz que me ilumina, tu Palabra es pan que me alimenta.
Con tu cuerpo y tu sangre me confortas y me haces vivir tu misma vida.

Voy sediento buscando el agua viva, como ciego ansío ver tu luz.
Siento heridas de muerte mas no temo, porque sé que contigo viviré.

HOMBRE DE BARRO

¿Cómo le cantaré al Señor, cómo le cantaré? ¿Cómo le cantaré al Señor? Hombre de barro soy.

Él está en los montes y en el mar.
Él llena el silencio de la noche en calma
y camina en la ciudad.

No mira en el hombre su color
ni mira el dinero, es Padre de todos
y a todos quiere el Señor.

El Señor no vino a condenar.
Él es nuestro Padre, nuestro Padre bueno
y a todos quiere salvar.

SÍ, ME LEVANTARÉ

/ Sí, me levantaré, volveré junto a mi Padre. /

A ti, Señor, elevo mi alma.
Tú eres mi Dios y mi Salvador.

Mira mi angustia, mira mi pena,
dame la gracia de tu perdón.

Mi corazón busca tu rostro,
oye mi voz, Señor, ten piedad.

A ti, Señor, invoco y te llamo.
Tú eres mi roca, oye mi voz.

Sana mi alma y mi corazón,
porque pequé, Señor, contra ti.

HOMBRES NUEVOS

*Danos un corazón grande para amar,
danos un corazón fuerte para luchar.*

Hombres nuevos, creadores de la historia,
constructores de nueva humanidad;
hombres nuevos que viven la existencia
como riesgo de un largo caminar.

Hombres nuevos luchando en esperanza,
caminantes sedientos de verdad,
hombres nuevos sin frenos ni cadenas
hombres libres que exigen libertad.

Hombres nuevos amando sin fronteras,
por encima de razas y lugar;
hombres nuevos al lado de los pobres
compartiendo con ellos techo y pan.

LÁVAME CON TU SANGRE

Lávame con tu Sangre, sana mis heridas, vuelve. Escucha mi voz y háblame.
Renovar quiero mi entrega, sentir ese amor primero, decirte que te quiero conversar. Escúchame.

*Sentir de nuevo un viento cálido, verme en tus brazos, sonreír,
entregarte todos mis problemas. Volver a ser feliz. Escúchame.*

Muéstrame tu Palabra, siembra en mi semilla nueva, que quiero ser fruto de tu amor.
Líbrame de peligros, guíame por nueva senda, que siento cansancio al caminar. Escúchame.

YO NO SOY NADA

Yo no soy nada y del polvo nací, pero tú me amas y moriste por mí.
Ante la cruz solo puedo decir: Tuyo soy, tuyo soy.

/Toma mis manos, te pido. Toma mis labios, te amo. Toma mi vida, oh Padre tuyo soy. /

Cuando de rodillas te miro, Jesús, veo tu grandeza y mi pequeñez.
Qué puedo darte, yo solo mi ser. Tuyo soy, tuyo soy.

AQUÍ ESTOY, SEÑOR

*/ Aquí estoy, Señor, pidiéndote me enamores,
llévame al desierto, háblale a mi corazón,
pronuncia mi nombre, Señor. /*

*/ Háblame, amado mío, quiero escuchar cuáles son tus caminos,
quiero entender cuánto esperas de mí. Háblame, Señor, enamórame de ti. /*

PERDONA A TU PUEBLO, SEÑOR

Perdona a tu pueblo, Señor, perdona a tu pueblo, perdónale, Señor.

Por tu poder y amor inefable, por tu misericordia entrañable, perdónanos, Señor.

Somos el pueblo que has elegido y con tu sangre lo has redimido, perdónanos, Señor.

Reconocemos nuestro pecado que tantas veces has perdonado, perdónanos, Señor.

Dios de la fiel y eterna Alianza, en ti ponemos nuestra esperanza. Perdónanos, Señor.

Desde la cruz nos diste a tu Madre, vuélvemos al abrazo del Padre. Perdónanos, Señor.

*Coordinación Arquidiocesana de Animación Bíblica
Coordinación Arquidiocesana de Vida Litúrgica y Oración
Vicaría Episcopal de Evangelización
Arquidiócesis de Bogotá*